

ANHELO

Adora se había perdido, otra vez. Llevaba una semana deambulando por el castillo sin nada que hacer y todavía no había sido capaz de aprenderse el camino de vuelta a sus aposentos.

La noche de su llegada Catra la había conducido a través del laberinto de corredores y escaleras hasta el ala de invitados, pero entre la oscuridad y el mareo que la pérdida de sangre le había provocado, no se había fijado en el camino que habían seguido. Su atención se había centrado en otro sitio. Había contemplado ensimismada a la vampira mientras la seguía por el castillo. Caminaba con una gracia sobrenatural, era como si cada paso que daba fuera parte de una coreografía que interpretara de forma inconsciente, una danza al son de una melodía que solo ella parecía escuchar. Adora recordó la música de las fiestas de la cosecha, el ambiente jovial de los festivales y cómo todo el pueblo se unía en los bailes colectivos. Cómo las parejas de enamorados intentaban siempre encontrarse entre compases para compartir un roce o una mirada cómplice. La imaginó allí, con el resto de aldeanos, una reina entre sus plebeyos. Se preguntó si bailarían con ella si se lo pidiera, pero sacudió la cabeza para deshacerse de la absurda idea. Sonrió con tristeza, las cosas habían cambiado demasiado en muy poco tiempo y hacía mucho que no tenían ningún motivo para celebrar. Esperaba que eso se solucionara pronto con la ayuda que le había prometido. Levantó la mirada para observarla. Su cuerpo menudo escondía más secretos de los que aparentaba. El movimiento de su cola al caminar era hipnótico, al igual que la vaporosa falda de su vestido, que flotaba tras ella con elegancia amoldándose a la curva de sus caderas con cada zancada que daba. Adora había alargado la mano inconscientemente para rozar el tejido, pero Catra se había dado la vuelta de pronto para indicarle que ya habían llegado. Cuando se percató de su mano extendida le dedicó una sonrisa socarrona llena de colmillos. Adora no había podido evitar ruborizarse al verse descubierta. Le había dado las buenas noches apresuradamente y se había encerrado en el cuarto muerta de la vergüenza. Por suerte, no había hecho ningún comentario sarcástico a la mañana siguiente. De hecho no había visto a nadie del servicio en todo el tiempo que llevaba allí, ni siquiera a la propia Catra. Se había limitado a dejarle el inventario de las arcas reales en la puerta de su cuarto junto con una nota indicándole que tenía total libertad para moverse por el castillo, exceptuando las mazmorras y el ala oeste. Adora no había desperdiciado la oportunidad, se había encargado de preparar todo y llamar al carromato para enviar los primeros bultos con comida y medicinas a la aldea junto con una carta a Glimmer explicándole su ausencia. La había dejado a cargo de todo, sabía que podía confiar en ella.

Sus pasos la condujeron de nuevo a la puerta de la biblioteca. No había tenido tiempo de explorar el castillo más allá de sus erráticos paseos cuando intentaba encontrar el camino de vuelta a su cuarto, así que no dudó en abrir la puerta con decisión y entrar. La estancia cobraba un nuevo sentido a la luz del día. Las pesadas cortinas estaban retiradas, permitiendo que la luz del sol entrara a raudales por los grandes ventanales, reflejándose en los cristales de las lámparas de araña y creando reflejos iridiscentes en las estanterías repletas de volúmenes. El pulso se le aceleró con anticipación, aunque sabía que no sería capaz de comprender gran cosa solo el hecho de poder sostener un libro en sus manos era ya un privilegio. Se paseó despacio por las estanterías, deslizando los dedos por los lomos de los tomos. Estaban clasificados siguiendo una especie código, la leyenda que había en cada uno de los estantes contenía una letra y tres números, pero Adora no le encontró sentido. Continuó curioseando la sala; las estanterías ascendían casi perderse de vista, y estrechas pasarelas conectaban las partes más altas para facilitar el acceso. Adora levantó la vista y se percató de los frescos que decoraban el techo de la estancia, pinturas de un detalle exquisito que mostraban imágenes de bosques y enredaderas entre las que se escondían criaturas sobrenaturales. Se detuvo delante de uno de los ventanales para observar los exteriores del castillo, los setos que se extendían en los terrenos delanteros y que antaño habían sido un enorme laberinto presentaban ahora un aspecto de completo abandono en el que no podían distinguirse los estrechos caminos que delimitaban. Se enredaban con rosales sin ningún tipo de

orden. Debían de haber presentado una vista magnífica en el pasado, pero ahora eran una muestra más de la decadencia del lugar.

Al doblar la esquina de uno de los estantes, Adora se topó con una pequeña zona de estudio en la que había varias mesas con grandes butacones. Allí estaba Catra, inmersa en un grueso volumen. Había cambiado el vestido de la primera noche por una combinación de pantalones ajustados con botas altas y una blusa de manga ancha que le daba un aspecto menos imponente. A su lado tenía un pequeño cuaderno y una pluma, y tomaba notas de vez en cuando. El ventanal que iluminaba la zona estaba entreabierto dejando entrar la suave brisa matinal, que le revolvió ligeramente el cabello, y la luz que se colaba por los cristales la enmarcaba en una aureola. Adora observó la estampa en silencio cautivada. Era preciosa. Sabía que no era sensato sentirse así, era una locura. Podría matarla en cualquier momento, la amenaza era constante. Pero no pudo dejar de notar la elegante curva de su cuello cuando se inclinó para observar una de las páginas con más detenimiento; como sus delicadas cejas se fruncieron ligeramente por la concentración; cómo su cabello se movía por el viento y arrastraba su aroma hasta ella. Adora cerró los ojos e inspiró profundamente: olía a cuero y a sol.

- Quedándote ahí plantada no creo que vayas a cumplir tu parte del trato, ¿no crees humana?- murmuró Catra sin mirarla.

Adora dio un respingo sorprendida de que la hubiera descubierto, pero acercó despacio a su lado. Miró con curiosidad por encima de su hombro intentando discernir lo que había escrito en el cuaderno. Su caligrafía era apretada y pequeña, como si escribiera con prisas, difícil de descifrar incluso para un lector experto. Se dio por vencida. El libro que consultaba, sin embargo, captó su atención. Era el mismo volumen que Adora había curioseado la noche que se habían conocido.

- ¿Vampiros?- preguntó confusa- Siendo una de ellos creía que ya lo sabrías todo sobre tu especie.

Adora retiró la butaca más próxima y se sentó a su lado. Catra la miró molesta.

- No soy exactamente una de ellos. Mi caso es...especial- dijo dubitativa.
- ¿Especial? ¿A qué te refieres?
- No te incumbe- le contestó Catra cortante.

Adora entrecerró los ojos molesta. Tendría que enseñarle modales.

- Mira, si de verdad quieres que cumpla mi parte del trato y te ayude vas a tener que contarme lo que pasa. – le dijo Adora tajante- Aunque si prefieres que me vaya después de que termine con los asuntos de la aldea por mi perfecto.- se levantó resuelta decidida a marcharse.
- Es...espera- notó la mano de Catra reteniéndola por la muñeca.

Adora volvió a sentarse despacio y la vampira retiró la mano con rapidez, como si su contacto le quemara. Adora se tocó la muñeca con disimulo para borrar los rastros de su roce. Se aclaró la garganta incómoda. Catra soltó un suspiro resignado y se giró para mirarla de frente. Adora esperó expectante. Al cabo de unos segundos que se le hicieron eternos, por fin comenzó a hablar.

- ¿Qué sabes sobre la maldición del Páramo?

